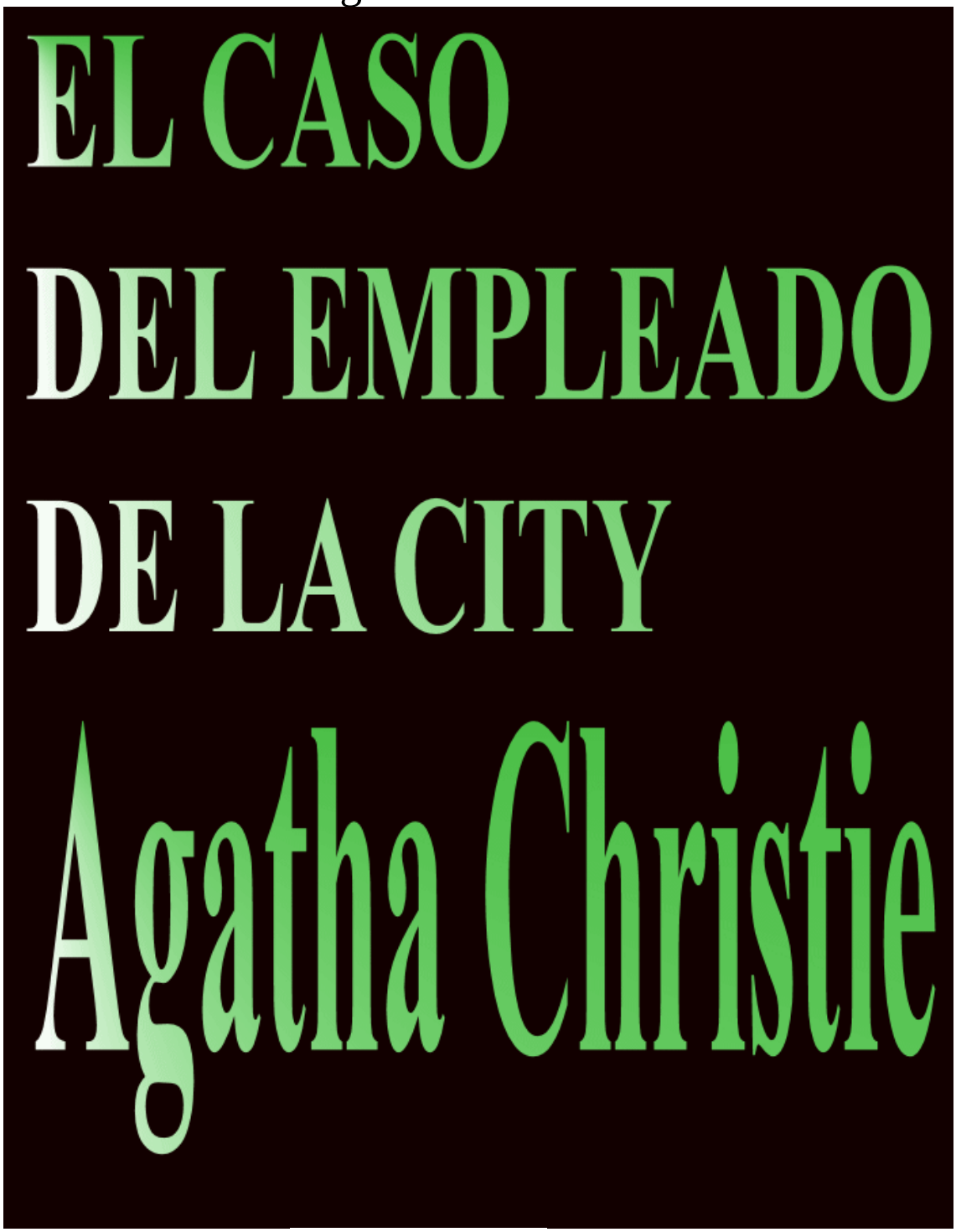
EL CASO DEL EMPLEADO DE LA CITY

Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Mister Parker Pyne se recostó con aire pensativo en su sillón giratorio y estudió a su visitante. Vio a un hombre pequeño y macizo, de cuarenta y cinco años, de ojos melancólicos, inciertos y tímidos, que le miraban con una especie de ansiosa esperanza.

-Vi su anuncio en el diario -dijo éste nerviosamente.

-¿Tiene usted algún problema, Mr. Roberts?

-No... no es un problema exactamente.

-¿Es usted infeliz?

-Tampoco podría decir que se trate de esto. Tengo mucho que agradecer a mi suerte.

-Todos tenemos... -dijo mister Parker Pyne-. Pero es mala señal cuando tenemos que acordarnos de ello.

-Lo sé -dijo el hombrecillo con ansiedad-. ¡Es esto exactamente! Ha dado usted en el clavo, señor mío.

-¿Y si me hablase de su propia vida? -propuso mister Parker Pyne.

-No hay mucho que contar, señor. Como le he dicho, no puedo quejarme de mi suerte. Tengo trabajo, me las he arreglado para ahorrar algo de dinero, mis hijos son fuertes y estamos sanos.

-Entonces, ¿qué es lo que quiere?

-Yo... no lo sé -contestó poniéndose colorado-. Me figuro que esto parece una tontería.

-De ningún modo -afirmó mister Parker Pyne.

Mediante hábiles preguntas fue obteniendo nuevas confidencias. Se enteró del empleo de mister Roberts en una casa bien conocida y de sus ascensos, lentos pero no interrumpidos. Quedó informado de su patrimonio, de sus luchas para dar a su vida un aspecto decente, para educar a los hijos y hacer que crecieran sanos, de sus actividades y proyectos, de sus sacrificios para poder ahorrar una cuantas libras cada año. Oyó, en efecto, el poema de una existencia de incesante esfuerzo para sobrevivir.

-Y bien, ya ve usted cómo están las cosas -confesó mister Roberts-. Mi mujer está fuera, con los dos niños pequeños, pasando unos días en compañía de su madre. Un pequeño cambio para los niños y un descanso para ella. Allí no queda sitio para mí y resultaría demasiado caro irme a otra parte. Y encontrándome solo, he leído el diario y he visto su anuncio, que me ha hecho pensar. Tengo cuarenta y ocho años. Se me ha ocurrido... Por todas partes pasan cosas -terminó mister Roberts, con ojos en los que se reflejaba toda su anhelante alma suburbana.

-¿Y desea usted -dijo mister Parker Pyne- vivir gloriosamente durante diez minutos?

-Bueno, yo no lo hubiera expresado así. Pero quizás tiene usted razón. Salir, únicamente, de las roderas. Después volvería a ellas agradecido... con algo en que pensar -y miró al otro hombre con ansiedad-. ¿Debo suponer que esto no es posible, señor? Me temo... Me temo que no podría pagar mucho.

-¿Cuánto puede usted gastar?

-Podría arreglármelas para pagar cinco libras -y esperó la contestación desalentado.

-Cinco libras -dijo mister Parker Pyne-. Me imagino que quizás podríamos hacer algo por cinco libras. ¿Tiene usted reparo en correr un peligro? -añadió con viveza.

El pálido rostro de mister Roberts se coloreó ligeramente.

-¿Peligro, ha dicho usted? Oh, no, ningún reparo... Nunca he hecho nada que fuese peligroso.

Mister Parker Pyne sonrió.

-Venga a verme mañana y le diré lo que puedo hacer por usted.

El «Bon Voyageur» es una hostería poco conocida: un restaurante frecuentado por unos cuantos parroquianos. No les gustaban allí las caras nuevas.

Al «Bon Voyageur» se dirigió mister Parker Pyne, que fue reconocido y recibido respetuosamente.

-¿Está aquí mister Bonnington? -preguntó.

-Sí, señor, en su mesa de costumbre.

-Bien, iré a reunirme con él.

Mister Bonnington era un caballero de aspecto militar, con el rostro algo bovino. Y recibió a su amigo con satisfacción.

-Hola, Parker. Le veo a usted muy poco últimamente. No sabía que venía aquí.

-Vengo de vez en cuando, especialmente cuando quiero encontrar a un viejo amigo.

-¿Se refiere a mí?

-Me refiero a usted. El caso es, Lucas, que he estado pensando en lo que hablamos el otro día.

-¿El asunto Peterfield? ¿Ha visto las últimas noticias en los diarios? No, no puede haberlas visto. No saldrán hasta esta tarde.

-¿Qué noticias son éstas?

-Peterfield fue asesinado ayer por la noche -dijo mister Bonnington comiendo ensalada plácidamente.

-¡Cielo santo! -exclamó mister Pyne.

-Oh, eso no me sorprende -dijo mister Bonnington-. Peterfield era testarudo como él solo. No quiso escucharnos. Insistió en conservar los planos en su poder.

-¿Se los han cogido?

-No, parece que alguna mujer fue por allí y le dio al profesor una receta para cocer el jamón. Y el gran borrico, distraído como de costumbre, guardó la receta en la caja fuerte y los planos en la cocina.

-Qué suerte.

-Casi providencial. Pero no sé todavía quien va a llevarlos a Ginebra. Maitland está en el hospital. Carslake está en Berlín. Yo no puedo marcharme. Lo que significa que sólo queda el joven Hooper -y miró a su amigo.

-¿Sigue usted pensando igual? -preguntó mister Parker Pyne.

-En absoluto. ¡Ha sido sobornado! Lo sé. No tengo ni una sombra de prueba, ¡pero le digo a usted, Parker, que conozco cuando un tipo es falso! Y necesito que estos planos lleguen a Ginebra. Por primera vez no va a ser vendido un invento a una nación. Va a ser entregado voluntariamente. Es la más bella tentativa que se haya hecho nunca en favor de la paz, y es preciso que se lleve a buen término. Y Hooper es un traidor. Ya lo verá usted, ¡lo narcotizarán en el tren! Si viaja por aire, ¡el avión tomará tierra en algún lugar conveniente! Pero, ¡maldita sea!, no puedo callarme. La disciplina. ¡Hemos de tener disciplina! Por esto le pregunté a usted el otro día...

-Me preguntó si conocía a alguien.

-Sí, pensé que podía conocer a alguien, dada la naturaleza de su trabajo. Algún valiente con ganas de pelear. Cualquiera que yo envíe tiene muchas probabilidades de no llegar vivo. El que me dé usted no es fácil que se haga sospechoso. Pero ha de ser valiente.

-Me parece que conozco a alguien que le servirá.

-Gracias a Dios, aún quedan muchachos dispuestos a correr un riesgo. Bien, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -dijo mister Parker Pyne.

Mister Parker Pyne estaba resumiendo sus instrucciones.

-Vamos a ver, ¿está todo bien claro? Irá usted a Ginebra en un coche-cama de primera clase.

Saldrá de Londres a las diez cuarenta y cinco. Irá vía Folkestone a Boulogne, donde tomará aquel tren. Llegará a Ginebra a las ocho de la mañana siguiente. Aquí tiene la dirección del lugar donde se presentará. Haga el favor de aprendérsela de memoria, porque destruiré el papel. Vaya después a este hotel y espere nuevas instrucciones. Aquí hay dinero suficiente en billetes y monedas francesas y suizas. ¿Me comprende?

-Sí, señor -contestó Roberts con los ojos brillantes de excitación-. Perdóneme, pero, ¿me está permitido saber algo... de lo que voy a llevar?

-Va a llevar un mensaje cifrado que revela el lugar secreto donde están escondidas las joyas de la corona de Rusia -dijo solamente-. Debe comprender, desde luego, que los agentes bolcheviques estarán alerta para cerrarle el paso. Si le es necesario hablar de sí mismo, yo le recomendaría que dijese que ha recibido algún dinero y ha decidido disfrutar unas cortas vacaciones en el extranjero.

Mister Roberts bebió a sorbos una taza de café y paseó la mirada por el lago Leman. Era feliz, pero, al mismo tiempo, se sentía desilusionado.

Era feliz porque, por primera vez en su vida, se hallaba en un país extranjero. Además, se alojaba en el tipo de hotel en que no volvería a alojarse nunca, ¡y ni por un momento tenía que preocuparse por el dinero! Tenía un dormitorio con cuarto de baño propio, deliciosas comidas y un servicio atento. Ciertamente, todas estas cosas causaban gran satisfacción a mister Roberts.

Pero se sentía desilusionado porque, hasta aquel momento, no le había ocurrido nada que mereciese el nombre de aventura. No había encontrado en su camino bolcheviques disfrazados ni rusos misteriosos. El único ser humano con quien había tratado era un viajante de comercio francés que iba en el mismo tren y había charlado agradablemente con él en un inglés excelente. Había ocultado los papeles en el hueco de la esponja, como se le había encargado que hiciera, y los había entregado según las instrucciones recibidas. No se le había presentado ninguna situación peligrosa ni había tenido que salvar la vida de milagro. Mister Roberts estaba desilusionado.

Fue en aquel momento cuando un hombre alto y barbudo murmuró la palabra «Pardon» y se sentó al otro lado de su mesilla.

-Usted me excusará -dijo el recién llegado-, pero creo que conoce usted a un amigo mío. Sus iniciales son P.P.

Mister Roberts sintió un agradable estremecimiento. Allí estaba por fin el ruso misterioso.

-Muy... cierto -dijo.

-Entonces, creo que nos entenderemos.

Mister Roberts le dirigió una mirada escrutadora. Esto se parecía mucho más a la verdadera aventura. El desconocido era un hombre de unos cincuenta años y de aspecto

distinguido, aunque extranjero. Usaba un monóculo y ostentaba en el ojal una cintita de color.

-Ha desempeñado usted su misión del modo más satisfactorio -le dijo el desconocido-. ¿Se encuentra dispuesto a emprender otra?

-Ciertamente. Oh, sí.

-Muy bien. Comprará usted un billete para el coche-cama del tren Ginebra-París de mañana por la noche. Pedirá la litera número nueve.

-¿Y si no estuviese libre?

-Estará libre. Ya se habrán cuidado de que esté libre.

-Litera número nueve -repitió Roberts-. Sí, lo recordaré.

-Durante el curso de su viaje, alguien le dirá: «Pardon, monsieur, creo que estuvo usted hace poco en Grasse.» A lo que usted contestará: «Sí, el mes pasado.» Aquella persona le dirá entonces: «¿Está usted interesado en los perfumes?» Y usted contestará: «Sí, soy fabricante de una esencia sintética de jazmín.» Después de lo cual, se pondrá enteramente a la disposición de la persona que le habrá hablado. A propósito, ¿va usted armado?

-No -contestó mister Roberts agitado-. No, nunca pensé... Es decir...

-Esto tiene fácil remedio -dijo el hombre barbudo. Y miró a su alrededor. No había nadie cerca. Mister Roberts se encontró en la mano algo duro y brillante-. Un arma pequeña, pero eficaz -añadió el desconocido sonriendo.

Mister Roberts, que no había disparado un revólver en toda su vida, lo metió con cuidado en su bolsillo, con la desagradable sensación de que el tiro podía salir en cualquier momento.

Repasaron las frases que servirían de santo y seña, y el nuevo amigo de mister Roberts se levantó.

-Le deseo buena suerte -dijo-. Que llegue al final sin contratiempos. Es usted un hombre valiente, mister Roberts.

«¿De veras lo soy?», pensó Roberts cuando el otro se hubo marchado. «Estoy seguro de que no deseo que me maten. Eso no me convendría de ningún modo.»

Por su columna vertebral corrió un agradable estremecimiento, ligeramente deslucido por otro que no lo era tanto.

Pasó a su habitación y examinó el arma. No estaba aún seguro sobre el modo de accionar su mecanismo y esperó no verse en la necesidad de usarlo.

Luego, salió para comprar su billete de ferrocarril.

El tren salía de Ginebra a las nueve y treinta. Roberts llegó a la estación con suficiente anticipación. El empleado tomó su billete y pasaporte, y se hizo a un lado mientras un mozo colocaba su maleta en la red. Había allí otro equipaje: una maleta de piel de cerdo y un maletín.

-El número nueve es la litera de abajo -dijo el empleado.

Al volverse Roberts para dejar el coche, tropezó con un hombre grueso que entraba. Los dos se apartaron con frases de excusa, las de Roberts en inglés y las del extranjero en francés.

Era un hombre corpulento, con la cabeza afeitada y gafas de espesos cristales por los que sus ojos parecían dirigir miradas suspicaces.

«Un tipo formidable», dijo Roberts para sí mismo.

Este compañero de viaje le resultaba algo siniestro. ¿Le habrían dicho a él que tomase la litera número nueve sólo para que le vigilase? E imaginó que podía ser así.

Volvió al pasillo. Faltaban aún diez minutos para la hora de la partida y pensó que podía pasear un poco por el andén. A mitad del pasillo retrocedió para hacerle sitio a una dama que acababa de subir al tren y venía precedida por el empleado del coche, que

llevaba el billete en la mano. Al pasar por delante de Roberts, dejó caer su bolso. Este lo recogió y se lo entregó.

-Gracias, monsieur -hablaba en inglés, pero tenía acento extranjero y una voz grave, hermosa y seductora-. Pardon, monsieur, creo que estuvo usted hace poco en Grasse.

El corazón de Roberts dio un salto excitado. Tenía que ponerse a la disposición de aquella adorable criatura... porque era, efectivamente, adorable: de eso no cabía duda. No sólo adorable, sino también aristocrática y opulenta. Llevaba un abrigo de pieles y un elegante sombrero. Rodeaba su cuello un collar de perlas. Era morena y sus labios escarlatas.

Roberts le dio la respuesta acordada:

-Sí, el mes pasado.

-¿Está usted interesado en los perfumes?

-Sí, soy fabricante de una esencia sintética de jazmín.

Ella bajó la cabeza y continuó su camino dejando tras de sí un ligero murmullo:

-En el corredor, tan pronto como el tren arranque.

A Roberts los diez minutos siguientes le parecieron un siglo. Por fin el tren arrancó y él se puso a caminar despacio por el corredor. La dama del abrigo de pieles estaba luchando con una ventanilla. Él se apresuró a ayudarla.

-Gracias, monsieur. Sólo un poco de aire antes de que insistan en cerrarlo todo -y con una voz suave, baja y rápida, añadió-: Pasada la frontera, cuando su compañero de viaje duerma, no antes, entre en el lavabo y, atravesándolo, al departamento del otro lado. ¿Comprende?

-Sí -y bajando el cristal de la ventanilla, dijo en voz alta-. ¿Así está bien, madame?

-¡Oh, sí! Muchísimas gracias. Roberts se retiró a su departamento. Su compañero de viaje estaba ya tendido en la litera superior. Era evidente que sus preparativos para pasar la noche habían sido sencillos. Se habían reducido en realidad a quitarse las botas y la americana.

Reflexionó acerca de su propia ropa. Era evidente que, debiendo presentarse en el departamento de una dama, no podía desnudarse.

Sustituyó pues sus botas por un par de zapatillas, se echó en la cama y apagó la luz. Al cabo de pocos minutos, el hombre de arriba empezó a roncar.

Acababan de dar las diez cuando llegaron a la frontera. Se abrió la puerta y se oyó la obligada pregunta: «¿Tienen los señores algo que declarar?» La puerta volvió a cerrarse. Luego salió el tren de Bellegarde.

El hombre de la litera superior roncaba de nuevo. Roberts dejó pasar veinte minutos, se puso en pie y abrió la puerta del lavabo. Una vez allí, cerró la puerta a su espalda y examinó cuidadosamente la del lado opuesto. No estaba cerrada con pestillo. Vaciló. ¿Debía llamar?

Quizás llamar resultara absurdo, pero no acababa de gustarle la idea de entrar sin hacerlo. Adoptó un término medio: sin hacer ruido abrió un poco la puerta y esperó. Se atrevió incluso a toser ligeramente.

La respuesta fue rápida. La puerta se abrió, fue cogido por el brazo y arrastrado al otro departamento, y la muchacha cerró y aseguró la puerta tras él.

Roberts se quedó sin aliento. Nunca había imaginado a una mujer tan deliciosa. Llevaba una especie de salto de cama vaporoso color crema, de gasa y encaje. Se apoyaba jadeante contra la puerta del corredor. Roberts había leído muchas veces relatos de hermosas criaturas acorraladas. Ahora estaba viendo una por primera vez... Un cuadro emocionante.

-¡Gracias a Dios! -murmuró la muchacha.

Era bastante joven, por lo que Roberts pudo observar y, por su finura y delicadeza, parecía un ser llegado de otro mundo. Aquí tenía por fin una historia romántica... ¡y en ella participaba él mismo!

La joven le habló entonces en voz baja y apresuradamente. Se expresaba bien en inglés, pero su acento era claramente extranjero.

-¡Estoy tan contenta de que haya venido usted! -dijo-. He tenido un susto horrible. Vassilievitch está en el tren. ¿Comprende lo que esto significa?

Roberts no tenía la menor idea de lo que aquello significaba, pero hizo un gesto afirmativo.

-Creí que había conseguido burlar su vigilancia. Pero debía haberlos conocido mejor. ¿Qué vamos a hacer ahora? Vassilievitch está en el departamento inmediato al mío. Pase lo que pase, no tiene que apoderarse de las joyas.

-No la asesinará a usted y no se apoderará de las joyas -afirmó Roberts con decisión.

-Entonces, ¿qué voy a hacer con ellas?

Roberts miró detrás de ella, a la puerta.

-La puerta está cerrada -dijo.

La joven se echó a reír.

-¿Qué es una puerta cerrada para Vassilievitch?

Roberts iba sintiendo, más a cada momento, que se hallaba en una de sus novelas favoritas.

-Sólo hay una cosa que hacer: démelas a mí.

La mirada le dirigió una mirada de duda.

-Valen un cuarto de millón.

-Puede usted confiar en mí -dijo Roberts sonrojándose.

La joven vaciló un momento más y dijo, tras un rápido movimiento:

-Sí, confiaré en usted -y al cabo de unos instantes, le tendió un par de medias de seda finísimas, enrolladas-. Cójalas, amigo mío -le dijo al asombrado Roberts.

Él las tomó y comprendió inmediatamente. En lugar de ser ligeras como el aire, las medias eran inesperadamente pesadas.

-Lléveselas a su departamento -le dijo ella-. Puede dármelas por la mañana si... si todavía estoy aquí.

Roberts tosió y dijo:

-Escúcheme. En cuanto a usted -e hizo una pausa-, yo... yo debo protegerla -y se sonrojó con la angustia de mantener la adecuada corrección-. No quiero decir aquí. Me quedaré ahí -e indicó con la cabeza el departamento del lavabo.

-Si prefiere quedarse aquí... -contestó ella, dirigiendo una mirada a la desocupada litera superior.

-No, no -protestó-. Allí estaré muy bien. Si me necesita, puede llamar.

-Gracias, amigo mío -dijo la muchacha en voz baja.

Y, echándose en la litera inferior, tiró del cubrecama y le dirigió una sonrisa de gratitud. Él se retiró al lavabo.

De pronto (unas dos horas más tarde), creyó haber oído algo. Escuchó... y nada. Era posible que se hubiese equivocado. Y sin embargo, le pareció que realmente había percibido un sonido ligero que venía del departamento inmediato. Suponiendo... sólo suponiendo que...

Abrió la puerta sin ruido. El departamento estaba tal como él lo había dejado, con la débil luz en el techo. Permaneció allí forzando la vista a través de aquella semioscuridad hasta que sus ojos se acostumbraron a ella. Y entonces distinguió la silueta de la litera.

Y vio que estaba vacía. ¡La muchacha no estaba allí!

Encendió la luz. El departamento estaba desocupado. De repente, se puso a olfatear el aire. No era más que una ligera ráfaga, pero la reconoció: ¡el olor dulce y nauseabundo del cloroformo!

Por la puerta del departamento (y adivinó que ahora no estaba cerrada con llave) salió al corredor y miró a uno y otro lado. ¡Desierto! Sus ojos se fijaron en la puerta inmediata a la de la muchacha. Ésta había dicho que Vassilievitch estaba en el departamento contiguo. Con cautela, Roberts probó el picaporte. La puerta estaba cerrada por dentro,

¿Qué haría? ¿Pedir que le dejasen entrar? Pero el hombre se negaría... y, después de todo, ¡la muchacha podía no estar allí! Y si estaba, no le agradecería la publicidad que había dado al asunto. Había deducido que el secreto era una condición esencial en el juego que se llevaba entre manos.

Como un hombre perturbado, vagó lentamente por el corredor, acabando por detenerse frente al departamento del final. La puerta estaba abierta y el empleado echado y durmiendo. Y sobre él, colgados de un gancho, se veían su capote oscuro y su gorra puntiaguda.

Al cabo de un instante, Roberts había decidido lo que haría. Al cabo de otro minuto, con el capote y la gorra puestos, volvía al corredor. Se detuvo ante la puerta inmediata a la de la muchacha, se dio tantos ánimos como pudo y llamó resueltamente.

-Monsieur -dijo con su mejor acento.

No habiendo respuesta, llamó de nuevo.

La puerta se abrió un poco y asomó por ella una cabeza, la cabeza de un extranjero enteramente afeitado, con excepción de un bigote negro. Era un rostro irritado y malévolo.

-Qu'est-ce-qu'il y a? -preguntó bruscamente.

-Votre passeport, monsieur -ordenó Roberts, retrocediendo un paso y haciéndole un gesto para que se acercase.

El otro vaciló y salió luego al corredor. Roberts contaba con que lo haría así. Si tenía dentro a la muchacha, naturalmente no querría que el empleado entrase en el departamento. Vivo como un relámpago, Roberts se movió. Con todas sus fuerzas, echó al extranjero a un lado, aprovechándose de que no lo esperaba, y ayudado además por el movimiento del tren, se lanzó al interior del departamento y cerró y aseguró la puerta.

Sobre el extremo de la litera yacía una muchacha con una mordaza en la boca y las muñecas atadas. Rápidamente, la libertó y ella se apoyó en él con un suspiro.

-Me siento tan débil y enferma... -murmuró-. Creo que ha sido cloroformo. ¿Las ha... las ha cogido?

-No -contestó Roberts, golpeándose el bolsillo-. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La joven se sentó. Iba recobrando el pleno conocimiento. Y se fijó en la ropa que él llevaba puesta.

-¡Qué hábil ha sido usted! ¡Pensar que ha tenido esta idea! Me ha dicho que me mataría si no le revelaba dónde están las joyas. ¡Pero hemos sido más listos que él! No se atreverá a hacer nada. Ni siquiera puede volver a su departamento.

»Tenemos que quedarnos aquí hasta mañana. Probablemente se bajará del tren en Dijon. Nos detendremos allí aproximadamente dentro de media hora. Él telegrafiará a París para que allí nos sigan la pista. Entretanto, será mejor que tire ese capote y esta gorra por la ventanilla, podrían comprometerle.

Roberts obedeció.

-No debemos dormir -decidió la muchacha-. Debemos permanecer alerta hasta mañana.

Fue una velada extraña y excitante. A las seis de la mañana, Roberts abrió la puerta con cuidado y miró fuera. No había nadie. La joven se deslizó con ligereza hasta su propio departamento. Roberts la siguió allí. Era evidente que aquel lugar había sido registrado. Luego volvió al suyo a través del lavabo. Su compañero de viaje seguía roncando. Llegaron a París a las siete. El empleado estaba lamentando a voces la pérdida de su capote y de su gorra. No había descubierto aún la pérdida de su pasajero.

Empezaron entonces las más pintorescas maniobras. La muchacha y Roberts tomaron un taxi tras otro a través de París. Entraron en hoteles y restaurantes por una puerta para salir por la otra. Por último, ella dejó escapar un suspiro.

-Estoy segura de que ahora ya no nos siguen -dijo-. Nos los hemos quitado de encima.

Almorzaron y tomaron un coche hasta Le Bourget. Tres horas más tarde estaban en Croydon. Roberts no había viajado nunca en avión. En Croydon les esperaba un caballero alto, de cierta edad y remotamente parecido al mentor de mister Roberts en Ginebra. Saludó a la muchacha con especial respeto.

-El coche está aquí, señora -dijo.

-Este caballero nos acompañará, Paul -contestó ella. Y dirigiéndose a Roberts-: El conde Paul Stepanyi.

El coche era una gran limusina. Al cabo de una hora de viaje aproximadamente, entró en los terrenos de una residencia campestre, siguiendo hasta la puerta de una imponente mansión. Mister Roberts fue conducido a una habitación amueblada como despacho. Allí hizo entrega del precioso par de medias.

Luego se quedó solo por un rato, hasta que volvió el conde.

-Mister Roberts -le dijo éste-: le debemos nuestra gratitud y reconocimiento. Ha demostrado usted ser un hombre valiente e ingenioso -y terminó tendiéndole un estuche de tafilete-: Permítame que le confiera la Orden de San Estanislao: décima clase con laurel.

Como en un sueño, Roberts abrió el estuche y miró la ornamental condecoración. El anciano caballero seguía diciendo:

-La gran duquesa Olga desea darle las gracias personalmente antes de que parta.

Y fue conducido entonces a una gran sala de recepción. Allí, muy bella en su ondeante ropaje, vio a su compañera de tren.

La dama hizo con la mano un gesto imperioso y el caballero se retiró.

-Le debo a usted la vida, mister Roberts -dijo la gran duquesa.

Y le tendió la mano, que Roberts besó. Entonces, de repente, se inclinó hacia él.

-Es usted un hombre valiente -dijo.

Y él tendió ahora sus labios, que se unieron a los de ella. Y envuelto en una ráfaga de perfume oriental, sostuvo por un momento en sus brazos su forma bella y esbelta.

Se encontraba aún en medio de un sueño cuando alguien le dijo:

-El coche le conducirá a donde el señor ordene.

Una hora más tarde volvió para recoger a la Gran Duquesa Olga, que subió a él, lo mismo que el caballero canoso. Éste se quitó la barba, que le daba calor. El coche dejó a la Gran Duquesa Olga en una casa, en Streatham. En la entrada, una mujer de cierta edad levantó la vista desde una mesa de té.

-Ah, mi querida Maggie, de modo que ya estás aquí.

En el expreso Ginebra-París esta muchacha era la Gran Duquesa Olga; en el despacho de mister Parker Pyne era Madeleine de Sara y en la casa de Streatham era Maggie Sayers, cuarta hija de una familia honrada y muy trabajadora.

¡Cómo descienden los poderosos!

Mister Parker Pyne almorzaba con su amigo, que le decía:

-Le felicito. El hombre que me proporcionó ha llevado a cabo la empresa sin un tropiezo. La cuadrilla Tormali debe estar desesperada al pensar que se le han escapado los planos de este fusil. ¿Le dijo usted a su agente que los llevaba?

-No, pensé que sería mejor... en fin, adornar la historia.

-Ha sido usted muy discreto.

-No se trata de discreción exactamente. Quería que se divirtiese. Me figuré que un fusil le parecería una cosa mansa. Quería que tuviese algunas aventuras.

-¿Mansa? -dijo mister Bonnington mirándolo-. Pero si esa gente le hubiera asesinado sin vacilar.

-Sí -contestó mister Parker Pyne suavemente-, pero yo no quería que le asesinasen.

-¿Gana usted mucho dinero con su profesión, mister Parker?

-A veces lo pierdo -dijo mister Parker Pyne-. Es decir, si se trata de un caso que lo merece.

Tres caballeros encolerizados estaban insultándose unos a otros en París.

-¡Ese condenado Hooper! -dijo uno de ellos-. ¡Nos ha fallado!

-Los planos no los sacó nadie del despacho -dijo el segundo-. Pero desaparecieron el miércoles, de esto estoy seguro. Y digo, por lo tanto, que usted ha sido quien lo ha estropeado.

-Yo no he hecho tal cosa -dijo el tercero malhumorado-. No había en el tren ningún inglés, salvo un empleadillo que nunca había oído hablar de Peterfield ni del fusil. Lo sé. Lo puse a prueba. Peterfield y el fusil no significaban nada para él -y se echó a reír-. Tenía algún tipo de complejo bolchevique.

Mister Roberts estaba sentado frente a una estufa de gas. Sobre las rodillas tenía una carta de mister Parker Pyne. En ella se incluía un cheque de cincuenta libras «de ciertas personas que estaban encantadas del modo como se había cumplido cierta misión».

Sobre el brazo del sillón que ocupaba había un libro de la biblioteca. Mister Roberts lo abrió al azar: Estaba apoyada en la puerta, como una hermosa criatura acorralada.

Bueno, él ya conocía bien todo esto.

Leyó otra frase: Olfateó el aire. A las ventanas de su nariz llegó el olor débil y nauseabundo del cloroformo.

También sabía lo que era.

La tomó en sus brazos y sintió la respuesta del estremecimiento de sus labios escarlatas.

Mister Roberts exhaló un suspiro. Aquello no era un sueño. Aquello había ocurrido. El viaje de ida había sido bastante soso, ¡pero el viaje de vuelta! Lo había disfrutado de veras. No obstante, se sentía satisfecho de volver a estar en casa. Tenía la vaga sensación de que aquella clase de vida intensa no podía prolongarse

indefinidamente. Aunque la Gran Duquesa Olga... aquel último beso de despedida... participaba de la irrealidad de los sueños.

Mary y los niños regresarían al día siguiente. Mister Roberts sonrió con alegría. Ella le diría al verlo: «Hemos tenido unas vacaciones deliciosas. Pero me daba mucha pena pensar que estabas solo aquí, mi pobre muchacho.» Y él le contestaría: «Todo ha ido bien, querida. He tenido que ir a Ginebra por un asunto de la casa (una pequeña negociación algo delicada) y mira lo que me han enviado», y le mostraría el cheque de cincuenta libras.

Se acordó de la Orden de San Estanislao, décima clase con laurel. La había escondido, pero ¿y si Mary la encontraba? Tendría que darle muchas explicaciones...

¡Ah! Ya lo tenía...: le diría que la había comprado en el extranjero, una curiosidad como cualquiera.

También él formaba parte de la gloriosa compañía a la que le ocurrían cosas.